

ATD Cuarto Mundo

Intervención de Angélique JEANNE, el 17 de octubre de 2017, en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York.

Buenos días, me llamo Angélique, y soy francesa, tengo cinco hijos y, en un momento de mi vida, como consecuencia de la miseria y de mi aislamiento, me separaron de mis hijos y me juzgaron indigna de mantenerlos conmigo, nadie se puso a mi lado ante tal situación, nadie intento entenderme ni apoyarme.

Me juzgaron, me humillaron y me condenaron a tener que vivir sin mis hijos.

¡Desde un principio, no contamos con las mismas oportunidades! Desde niños, nuestras hijas e hijos son conscientes de lo duras que son nuestras vidas. Para ayudarnos, asumen responsabilidades que no son propias de su edad. Nos quieren proteger aun cuando no sea su papel.

En casa, cuando ya no tenía energías, a menudo me costaba afrontar el día a día.

En ocasiones también, los niños tenían que ir a la escuela con el estómago vacío porque en casa faltaba de todo. Pero en ningún momento mis hijos han hablado de eso, por miedo a que las demás personas nos juzgaran.

Nosotros hicimos lo mismo con nuestros padres. Me acuerdo, siendo niña, una mañana al llegar a la escuela, la profesora obligó a mi hermana mayor a ir a lavarse. Decía que olía mal, decía todas estas cosas delante de todo el mundo. La profesora me tiraba del cabello, me humillaba diciendo que mi familia, que mi apellido no era respetable. No dijimos nunca nada a mis padres, no queríamos añadirles aún más preocupaciones.

Entre nosotros, las niñas y niños maduran demasiado deprisa por culpa de la miseria, y sus vidas se ven marcadas para siempre. Es algo profundamente injusto. No hay ningún lugar para que nuestras hijas e hijos puedan hablar de sus vidas sin miedo a que condenen a sus familias.

La falta de dinero, de medios, la vivienda indigna, la desesperación de estar sin empleo; el hecho, demasiadas veces, de terminar la escuela sin tan siquiera saber leer ni escribir, sin ningún tipo de formación profesional, el hecho de que muchas de nosotras fuimos arrancadas de nuestras familias, todas estas cosas forman parte de la violencia de la miseria.

Para sobrevivir, nos vemos obligadas a pedir ayuda y dependemos de organizaciones caritativas para alimentarnos, para obtener una vivienda, para tener lo necesario para nuestros hijos, y no es lo que queremos. Cuando tenemos poco dinero o pocos medios, se nos discrimina, se nos humilla, se nos ignora o incluso se nos infantiliza y se nos hace dependientes.

Cuando vivimos en situación de miseria tienden a darnos lecciones, a querer educarnos y a decirnos lo que tenemos que hacer.

Terminamos por sentir vergüenza de nosotras mismas. Sufrimos estas humillaciones y tenemos que apretar los dientes ante quienes presuntamente están ahí para ayudarnos.

Nos consideran como personas sin inteligencia, sin valores, incapaces de educar a nuestros hijos. No esperan nada de nosotras. Entonces toman decisiones sobre cuestiones que nos afectan sin ningún tipo de diálogo, sin que tomen en cuenta nuestra experiencia, nuestras fuerzas, nuestra voluntad y nuestra capacidad para construir un mundo más justo.

Tienen que aceptar conocernos, reconocernos. ¿No somos acaso, como ustedes, seres humanos? ¡Eso debería bastar! No somos culpables. Somos personas que resisten, somos creadores de paz. La experiencia de nuestras vidas nos ha preparado para ello, estamos en pie.

Lo que quiero para mí, lo deseo para todos en todo el mundo. Ha llegado la hora de comprometerse a no despreciar a nadie, a no dejar a nadie atrás, a no dejar a nadie en la soledad de su miseria.

Únicamente podremos descansar cuando erradiquemos la miseria. Entonces, en todas partes y para todas las personas se podrá vivir la paz, con nosotras, esta es la tarea a la que queremos contribuir.

Gracias.